

CESTERIA DE HUENTELOLEN, CESTERIA MAPUCHE



Loreto Rebolledo

El Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, CEDEM

Indice

Presentación

Entorno y medio ambiente

La cestería en ñocha una labor familiar

La elaboración de la cestería

Formas antiguas para nuevos usos

Toponimia

Presentación

Entrelazando diversas fibras vegetales que se encuentran en las cercanías de sus lagares de residencia, hombres y mujeres mapuche han dado vida a una cestería que se caracteriza por su sencillez y belleza. Utilizando ñocha, planta que crece entre el bosque nativo, y paja, que se encuentra en las orillas de las lagunas, los habitantes de las zonas aledañas a Cañete, en la provincia de Arauco, han producido desde tiempos inmemoriales y siguen reproduciendo en la actualidad canastos, llepu y otras piezas de sencilla y elegante factura.

En cada gesto actual, que replica el de un abuelo o abuela lejanos se vuelven a recrear los orígenes de la cestería mapuche. Mientras sobrevivan el bosque autóctono y las lagunas, el gesto podrá repetirse y la cultura de estos hombres y mujeres de la tierra seguirá materializándose y difundándose en la forma de cestos y diversos objetos útiles por diferentes lagares hablándonos de raíces que se entrecruzan con la naturaleza.

El Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, CEDEM, con este cuarto libro de la Colección Artes y Oficios se propone dar a conocer algunos aspectos de la vida de hombres y mujeres de Huentelolén que han mantenido viva la tradición cestería. A través de esta publicación pretendemos restituir su valor a la actividad artesanal en tanto creación y recreación cultural.

La información y fotografías contenidas en este texto son fruto de diversas lecturas e indagaciones bibliográficas y de terreno donde las conversaciones y entrevistas sostenidas con los integrantes del Centro Artesanal de Huentelolén, asociado a la Cooperativa Almacén Campesino fueron fundamentales, razón por la cual estamos doblemente agradecidas y comprometidas.

Deseamos agradecer de manera especial la colaboración de don Luis Marileo de su esposa doña Mercedes Astorga y su familia por responder a nuestras preguntas, compartir su mesa y permitirnos adentrarnos en su hogar y en sus labores artesanales.

Loreto Rebolledo G.
Santiago, Chile, Noviembre, 1992

ENTORNO Y MEDIO AMBIENTE

En la provincia de Arauco, saliendo de la ciudad de Cañete en dirección a Tirúa, se encuentra Huentelolén. Esta comunidad, asentada entre los cerros y el mar, tiene dos lagos en las cercanías, en el norte el Lanalhue y hacia el sur el Lleu-Lleu. Este emplazamiento ha permitido la subsistencia de grupos familiares mapuche desde tiempos remotos quienes, aprovechando los recursos naturales existentes, han combinado las actividades agrícolas y ganaderas con la pesca y la artesanía.

Hacia el sector oriente se encuentran cerros de altitud moderada que, pese al avance de las plantaciones de pino insigne, aún albergan especies forestales propias de la Cordillera de Nahuelbuta, dando al entorno una tonalidad característica del paisaje sureño, al que contribuye el clima frío y lluvioso.

La Cordillera de Nahuelbuta, denominación local de la Cordillera de la Costa, con su abundancia de especies vegetales y forestales nativas permitió, en un pasado no muy lejano la recolección de frutos, madera y fibras vegetales que fueron usadas por los habitantes de la zona para alimentarse, fabricar instrumentos de labranza, levantar viviendas y realizar una actividad artesanal simple y útil como la cestería.

En las dos últimas décadas, el paisaje que rodea a Huentelolén se ha ido modificando, las plantaciones de pino comenzaron a cubrir los cerros desplazando al bosque nativo cada vez más lejos de las zonas pobladas. Los pinos, que se descuelgan de los cerros y avanzan hacia el valle han estrangulado poco a poco las tierras agrícolas, amenazando las formas tradicionales de subsistencia de los habitantes de Huentelolén y las zonas aledañas.

En Huentelolén es posible distinguir diferentes sectores, Los Batros, Paicaví, Potrero y Huayaco, que coinciden con antiguas reducciones y donde la gente se vincula por relaciones de parentesco. Actualmente residen allí numerosas familias mapuche que se ubican entre los cerros, el valle y las cercanías de la costa. El asentamiento es disperso, aunque las distancias entre una casa y otra son relativamente cortas. En el último tiempo se han ido concentrando las viviendas en el borde del camino hacia Triza, especialmente en las áreas más cercanas a la escuela que en cierta forma cumple las funciones de centro.

Esta área es de pequeña propiedad y sus habitantes se dedican principalmente la agricultura de subsistencia, disponiendo cada grupo familiar entre dos y diez hectáreas promedio. Papas y granos -trigo, habas, arvejas, porotos- son los principales cultivos, que se combinan con el cuidado de animales menores y con ganadería ovina en los casos de las familias más pudientes. Para complementar los ingresos económicos muchos grupos familiares se dedican a la cestería.

Sin embargo, pese a los esfuerzos del conjunto de parientes y a la utilización de sistemas de medierías de tierras y animales, cada vez es más difícil mantenerse

con los frutos del trabajo en las tierras propias que son cada vez más pequeñas por las continuas subdivisiones, ante lo cual es necesario que alguno de los hijos salga a trabajar por un salario en las zonas aledañas, especialmente en fundos forestales y aserraderos. La migración hacia las ciudades para emplearse en tareas domésticas suele ser el camino que emprenden las mujeres jóvenes.

Hombres, mujeres y niños participan en las actividades productivas desarrolladas en las pequeñas parcelas desempeñando diferentes tareas. Hay una clara diferenciación sexual del trabajo, dentro del sistema de cooperación familiar. Las tareas agrícolas son eminentemente masculinas así como el cuidado del ganado mayor, fundamentalmente los animales de labranza. Las mujeres por su parte son las encargadas del huerto y de los animales menores, cerdos y aves de corral. Las niñas ayudan a sus madres en las tareas productivas femeninas y en las labores domésticas, los niños cooperan en el trabajo que realizan sus padres.

El hilado y tejido son actividades femeninas, a diferencia de la cestería que involucra tanto a hombres como a mujeres de diversas edades. La textilería, pese a la importancia que tiene dentro de la cultura mapuche, ha tendido a desaparecer en la medida en que las familias se han ido empobreciendo y han perdido el ganado ovino.

La cestería, que aprovecha como materia prima las fibras vegetales que se encuentran en la cordillera y lagunas sigue vigente y es una actividad practicada con mayor intensidad por las familias que cuentan con menos tierras. No obstante, la masiva plantación de pino insigne en los cerros cercanos ha significado una reducción importante de las fuentes de obtención de la ñocha, que crece asociada al bosque nativo. Los artesanos deben desplazarse cada vez más lejos para recolectarla o bien tienen que comprarla.

La elaboración de cestos y otras piezas utilitarias con ñocha es tarea familiar en la cual intervienen hombres, mujeres y jóvenes. En la localidad de Huentelolén también existe especialización masculina en la elaboración de sillas y canastos de mimbre, la cual suele combinarse con la cestería en ñocha. Los cesteros tienden a trabajar el mimbre en el invierno y la ñocha en el verano, acomodándose de esta manera a las variaciones climáticas y del mercado turístico, que se activa en los meses cálidos demandando canastos y otros productos de ñocha. Dado que las piezas de mimbre se orientan al consumo local su elaboración es posible en los meses invernales, cuando la demanda por canastos de ñocha es casi nula.

LA CESTERIA EN ÑOCHA, UNA LABOR FAMILIAR

El entrecruzamiento de fibras vegetales para crear diversos objetos útiles es uno de los primeros aprendizajes de los niños cuyas familias se dedican a la cestería. El oficio se va aprendiendo a partir de la observación e imitación de los gestos de los mayores. Los niños acompañan a sus padres y hermanos mayores a la cordillera y así aprenden a reconocer la ñocha y a distinguir el largo adecuado que deben tener las hojas para poder ser utilizadas en la confección de cestos y otras piezas. Las niñas, a su vez, van con las mujeres de la familia al borde de la laguna donde ayudan a recolectar la paja y concurren a los cerros cercanos en busca del coirón que servirá para el interior de las piezas.

La recolección de la materia prima y su preparación son tareas que se realizan en los exteriores de la vivienda, las otras fases de trabajo, en cambio, se ejecutan en espacios cerrados. El hogar es el taller y la escuela de los cesteros. En la cocina-comedor en las horas que quedan libres de las actividades agrícolas, hombres y mujeres sentados junto al fogón van entretejiendo las fibras de ñocha y coirón hasta dar forma a canastos, llepus, y otras piezas. Mientras se teje, en los hogares mapuches se conversa en mapudungu, lengua a través de la cual se comunica la familia y se reproduce la cultura.

Niños y niñas, imitando el trabajo de los mayores y jugando con las hebras vegetales comienzan sus primeros ensayos en el oficio. Una vez que han adquirido una cierta destreza, los jóvenes principiantes están preparados para intentar la primera fase del proceso de trabajo cestero: elaborar el "fondo" de las piezas que luego un adulto u otro artesano de la familia continuará hasta terminarlas. Este procedimiento es diferente al de labores cesteras realizadas con otras técnicas donde el artesano con más experiencia comienza la pieza y la continúa el menos experto.

La técnica utilizada en la cestería en ñocha es la de aduja, conocida también como espiral, que por su sencillez permite un aprendizaje rápido. Entre los doce y catorce años los jóvenes están en condiciones de hacer objetos simples de base redonda. Las fases más complicadas del trabajo son aquellas en que hay que elevar la pieza para comenzar a darle forma y cuando hay que aumentar o disminuir los contornos; por ello el grado de maestría de un cestero se mide por la capacidad de tejer piezas ovaladas y cuadradas así como por su destreza en dar forma a los bordes y silueta.

El conocimiento técnico lo comparten por igual hombres y mujeres pudiendo cualquiera de ellos hacer la variedad de productos que caracterizan a la cestería mapuche. Sin embargo, las mujeres tienden a ejecutar piezas más pequeñas y delicadas, como paneras, galleteros, carteritas; los hombres generalmente tejen las piezas de mayor tamaño y volumen, como los canastos ropero y las alfombras.

Las personas no mapuche que residen en la localidad han aprendido a tejer la ñocha a partir de su contacto con las familias cesteras oriundas de Huentelolén,

utilizando en sus labores las mismas técnicas y diseños lo que hace imposible discernir quien ejecutó una obra determinada.

LA ELABORACIÓN DE LA CESTERÍA

La labor cestera se inicia con la recolección de la materia prima. La obtención de la ñocha (*Bromelia Sphacelata*) es tarea de hombres. Hay que ir a los cerros cercanos, donde aún existe el bosque autóctono y allí comenzar a sacar las hojas, escogiendo las más flexibles y largas, aproximadamente de un metro. Cuando escasea la ñocha, se la suele remplazar por el junquillo (*Juncus Procerus*), aunque los artesanos de Huentelolén prefieren utilizar la primera pues los trabajos quedan mejor terminados y con una textura y color más agradables. Por su parte, las mujeres se encargan de la recolección del material que irá al interior, ya sea paja que se obtiene en la orillas de las lagunas o coirón (*Andropogón Argentus* y *Nasella Chilensis*) que crece en las faldas de los cerros.

La segunda etapa, realizada tanto por hombres como por mujeres, consiste en la preparación de la ñocha. Las hojas son blanqueadas con lejía hirviendo y luego se ponen a secar al sol hasta que se deshidratan totalmente, pues si se utilizan verdes la pieza terminada tenderá a ceder y será poco resistente. Posteriormente, cuando se va iniciar el tejido se las humedece con un paño para limpiarlas y darles flexibilidad. De cada hoja de ñocha salen dos o tres hebras largas de un centímetro de ancho aproximadamente que, enhebradas en una aguja gruesa, servirán para ir recubriendo el coirón o la paja con la técnica de aduja.

La técnica de aduja o espiral es una de las más simples y antiguas. Para utilizarla es necesario contar con dos tipos de materiales vegetales, uno más consistente, que servirá para formar el esqueleto o interior y las hebras vegetales para recubrir y amarrar, cuya cualidad esencial debe ser la flexibilidad. En Huentelolén, para el relleno interior se usa coirón o paja y como fibra de enlace se emplea la ñocha o junquillo.

La técnica consiste en enrollar en espiral un manojo de coirón o paja y con la ayuda de una aguja gruesa se va dando puntadas cada cierto trecho con hebras de ñocha, de este modo se va recubriendo el interior a la vez que se van dejando unidas las espirales entre sí.

El inicio de un trabajo (fondo) varía según la forma que tendrá la pieza que se elaborará. Si se trata de un canasto, llepu o cualquier producto de forma redondeada habrá que formar un ojal o anillo que hará de punto de partida de la espiral. En las piezas de forma cuadrada u ovalada, el comienzo tiene forma de un cordón ligeramente alargado en torno al cual se anudan las espiras siguientes. Para ir modelando los contornos se juega con aumentos o disminuciones de las espirales. A medida que se avanza en el tejido el artesano ordena las espiras coligadas con ayuda de un martillo.

FORMAS ANTIGUAS PARA NUEVOS USOS

La cestería de Huentelolén se caracteriza por su naturaleza utilitaria y por la simpleza de sus formas, algunas de las cuales -los llepu, por ejemplo- se conservan idénticas desde tiempos precoloniales. Una de las particularidades que identifica a la cestería mapuche es la monocromía, lo que permite distinguirla de la producción cestería de otras localidades que utilizan similar materia prima e igual técnica.

En el pasado, la cestería realizada en ñocho en la zona de Huentelolén tenía como rasgo distintivo la sencillez y limpieza de formas que sumados a la consistencia derivada de la técnica de aduja transformaban a los cestos y recipientes en objetos útiles y elegantes a la vez. Un buen ejemplo de esta combinación de cualidades se encuentra en el llepu, especie de paño circular de tejido compacto, capaz de contener trigo, arvejas u otros granos. La firmeza del llepu es tal que es utilizado para aventar granos, para ello se lo carga de semillas que se lanzan al viento y luego son recibidas en el llepu, permitiendo así separar el grano de la paja y el polvo.

Aún cuando actualmente existen algunas formas que se mantienen, la utilidad de las piezas ha variado de acuerdo al uso que le dan los consumidores. En el pasado, la cestería mapuche se hacía para el autoconsumo. Era necesario guardar alimentos, contar con bandejas para limpiar los granos, tener pequeños recipientes para que las mujeres guardaran sus cintas y joyas de plata, tener receptáculos para poner la harina tostada y para lavar el mote, etc. Todas estas necesidades eran satisfechas con cestos, canastos, llepus y canastitos cerrados hechos de fibras vegetales.

Hoy esos productos son comprados por turistas, por gente de la ciudad que también utiliza estos cestos y canastos, pero el uso que se les da es otro. El canasto que en el campo sirve para guardar vegetales se transforma en un cesto que permite llevar la ropa playera. El llepu, que las familias mapuches emplean para limpiar granos, en una casa urbana se transforma en un objeto decorativo, lo mismo sucede con los canastos roperos y otros objetos.

Además de los objetos tradicionales ya mencionados, a partir de la demanda se han ido elaborando nuevos productos tales como paneras, fruterías, galleteros, portamaceteros e individuales, lo que ha permitido extender el uso de la cestería en ñocho desde la cocina hacia el comedor.

También en los últimos tiempos a los objetos utilitarios se han agregado otros puramente ornamentales, que tienden a representar elementos del entorno de los cesteros. Entre ellos destacan los canastos-pato, que reproducen las aves que se encuentran en los lagos Lanalhue y Lleu-Lleu y la "mapuchita" es la figura de una mujer mapuche con su vestimenta y joyas.

Por otra parte, a la técnica de aduja se le han incorporado algunas variantes decorativas que contribuyen a modificar la presentación de las piezas. Estas innovaciones consisten en ir dejando espacios abiertos entre las diferentes espirales, algunos de los cuales se combinan para formar rombos, óvalos o rectángulos. Estos calados le dan a la cestería una apariencia diferente restándole simpleza y dejando a cambio una sensación de fragilidad y artificialidad. En estas transformaciones ha incidido la necesidad de ampliar el mercado de la cestería y los cursos de capacitación dictados por personas ajenas a la tradición cestería mapuche.

Para lograr la decoración de las piezas con este sistema de calado, los artesanos ponen pequeños trozos de madera entre las espirales, luego, en el momento de coligar las espiras, hacen un cruce de hebras más complejo que da las formas ovaladas o rectangulares.

Sin embargo, pese a los cambios habidos en el uso que se da a las piezas, al desplazamiento del consumo desde el campo a la ciudad y a la incorporación de elementos decorativos nuevos, la esencia de la cestería mapuche de Huentelolén se mantiene viva. Y, sin duda, esa misma capacidad de adaptarse a los nuevos requerimientos del consumo y del mercado sin perder su identidad es lo que garantiza su supervivencia en tanto materialización de la cultura de un pueblo y de su forma de relacionarse con su entorno.

Por ello, la mayor amenaza que enfrenta la actividad cestería en la zona está representada por las plantaciones de pino. Sin bosque nativo, no habrá ñocha; sin ñocha no habrá cestería; sin cestería no sobrevivirá ninguna manifestación artesanal de las familias originarias de Huentelolén, que ya vieron desaparecer la textilería, actividad que daba sentido al ser mujer y que además servía para crear los emblemas que identifican lo mapuche.

La cestería, actividad que involucra a todos los miembros de la familia, que es testimonio material de un pasado capaz de asumir ropajes actuales sin perder su naturaleza, aún subsiste. Si se quiere conservar la riqueza de estas creaciones y el aporte de sus artífices a nuestra cultura, es necesario valorarlas en sus múltiples significados y preservar los bosques originarios, que son la base para su reproducción.

TOPONIMIAS

Huentelolén :	El significado de Huentelolén no fue encontrado entre los topónimos de la zona. Sin embargo, si se divide la palabra encontramos que wente o fuente significa estar encima de algo, estar sobre, arriba de; por su parte lolén quiere decir valle, zanjón o hueco.
Lanahue :	Alma perdida (voz mapuche)
Lleu-Lleu :	Derretirse, desmoronarse (voz mapuche)
Nahuelbuta :	Tigre grande (voz mapuche)
Tirúa :	Lugar de alistamiento (voz mapuche)

* Los topónimos que se presentan a continuación han sido extraídos de Ernesto Moesbach: Voz de Arauco. Explicaciones de los nombres indígenas de Chile, Imprenta Padre Las Casas, Temuco, 1976 y de Martín Alonqueo: El habla de mi tierra de, Imprenta Padre Las Casas, Temuco, 1989.

Loreto Rebolledo G.
Ediciones CEDEM, Colección Artes y Oficios N°4
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO DE LA MUJER
Purísima 305, Santiago de Chile
Fono /Fax 777 2297
ISBN 956723670476

Edición libro
Ó Inscripción N° 85.697, 1992
Colección Artes y Oficios N° 4
Diseño gráfico: Juan Carlos Ramírez
Marcela Mewes: foto portada:
Angélica Willson A.: foto contraportada y pág. 23: Foto
Guillermo Cifuentes: fotos págs. 6,7,8,13,14,16,18
Marcos Llerena: fotos págs. 20 y 21
Imprenta Arancibia Hnos. y Cía Ltda.

La publicación original fue posible gracias al apoyo de IPADE, España

Edición web: Agustín Ruiz y Heddy Navarro
División de Cultura, diciembre de 2001
Reproducción de texto completo.